

su esperanza de salvacion: así, por último, alcanzarán, no muy tarde, el triunfo completo de la sagrada causa nacional.

Con razon, ciudadanos, debemos hoy recordar con noble orgullo la gloria que para la patria adquirieron nuestros valientes en aquel fausto y memorable día 5 de Mayo de 1862. ¡Llor eterno á los ilustres héroes que supieron conquistarla, arrancando á los soldados de Solferino y de Magenta los laureles con que traian adornadas sus frentes! ¡Que tan brillante ejemplo no se olvide jamas por los republicanos! ¡Que tan hermosa lección de patriotismo, enseñanza tan bella de abnegacion y de constancia normen siempre la conducta de nuestros hijos, y México, nuestra adorada patria, será respetada como nacion libre, independiente y soberana, gozará feliz de las dulzuras de la paz y se elevará al alto rango que Dios le tiene señalado sobre todas las naciones del antiguo y del nuevo mundo.—DIJE.

*DISCURSO pronunciado, en la tarde del 5 de Mayo, en la plaza de Zaragoza de esta ciudad, por su autor, el C. Juan Peña.*

Venid oh pueblo con la frente erguida;  
El tiempo del oprobio ya pasó.

SAZATORNIL.

SEÑORES:

No corresponde, ciertamente, ocupar esta tribuna á un hombre como el que tiene la honra de dirigiros la palabra: la tribuna pertenece al genio y al saber y no á un soldado oscuro sin instruccion y sin talentos. Pero soy mexicano: amo con delirio el país en que nací; siento una satisfaccion dulcísima al referir sus glorias, y guardo en mi corazon un sentimiento de piedad religiosa y de reconocimiento profundo por los que han luchado por su autonomia. Hé aquí porque, aunque convencido de mi insuficiencia, vengo á tributar un homenaje de gratitud á Zaragoza, al héroe fronterizo que el memorable 5 de Mayo de 1862, ornó las sienas de su patria con los laureles arrancados á los vencedores de Sebastopol y de Magenta.

La muerte que respetára la odiosa existencia de un trai-

dor execrado como Almonte, sorprendió á Zaragoza en la primavera de su vida y en la aurora de su fama, cuando tenia ante su vista un inmenso porvenir de gloria, y cuando por medio de un triunfo grandioso habia reivindicado el nombre mexicano. La espada que tantas veces brillara victoriosa en las primeras filas del progreso, brilló en Puebla por última vez; y México, esa gigantesca víctima destinada á sufrir todos los dolores y á apurar todas las amarguras, vió desaparecer para siempre al modesto caudillo que con tanta fe y decision sostuviera la sacrosanta causa de la libertad.

Yo seria muy feliz, conciudadanos, si al hablaros de Zaragoza pudiera hacerlo de una manera que honrara dignamente su memoria; mas no á todos es dado pintar las acciones de los héroes con los tamaños colosales que merecen, y debo limitarme á referir con sencillez algunos hechos que otros ciudadanos os han referido con esactitud y elegancia.

Comienzo, pues, confiado en vuestra conocida indulgencia.

México recuerda con amargura la época luctuosa en que una faccion sanguinaria é impía desencadenó los elementos mas destructores en contra del partido progresista. Dos clases poderosas,—el Clero y el antiguo Ejército,—marchaban ligadas por el crimen; y sin retroceder ante los medios, hacian esfuerzos inauditos para triunfar de aquel partido verdaderamente patriota y abnegado que luchaba por elevar á su patria al rango que debe ocupar entre las naciones del mundo civilizado. Los republicanos mas ilustres se unieron entónces para realizar aquella empresa gloriosa: muchos de ellos, heridos por la mano del retroceso, bajaron á la tumba ántes de ver realizadas sus nobles aspiraciones;—Zaragoza que ocupaba un lugar distinguido entre aquellos patriotas eminentes, atravesó ileso esa época funesta que pudo habernos conducido á un abismo.

Vencidos al fin los que pretendieran hacernos retroceder á los odiosos tiempos de Torquemada, ó tenernos sujetos al poder de Roma, el partido republicano satisfizo las grandes exigencias sociales que tan imperiosamente reclamaban la paz de la nacion y las luces del siglo. La Reforma quedó



consumada: allanados con ella los obstáculos todos que se oponian á nuestra prosperidad; y despues de una lucha incansante de medio siglo, México veía aparecer en lontananza la aurora del gran día que iba á poner término á sus funestas disensiones. Pero ¡aun no era llegada la hora de ver á nuestra patria libre y feliz! ¡Aun debian lucir largos dias de luto y de tristeza para los patriotas que no sucumbieran defendiendo sus libertades patrias!

La traicion y el despotismo hicieron causa comun en 1861 para borrar á México del catálogo de los pueblos libres.

El gobierno de Francia, de esa nacion que se precia de ser la mas justa é ilustrada, llevó á cabo á mediados del siglo XIX el atentado mas escandaloso que registran los fastos modernos. Y . . . preciso es decirlo, aunque con amargura profunda: el pueblo frances, el gran pueblo que en los bellos dias de 93 prodigara su sangre en defensa de la libertad, el noble pueblo que tan alto proclamara los derechos del hombre, permitió que un tirano marchitara sus glorias y arrastrara por el fango una bandera que ántes de ahora merecia ser querida y respetada.

Napoleon III, bajo mentidas protestas de compasion y de respeto, lanzó sobre nuestras playas un ejército cuya exclusiva mision consistia en levantar un trono en la patria de Hidalgo y de Morelos.

La república mexicana, martirizada por facciones vandálicas, debilitada por horribles luchas, vendida por una turba de traidores, abandonada por egoístas y empobrecida por millares de especuladores que habian traficado con sus infortunios, solo pudo oponer algunos millares de reclutas, á un ejército aguerrido que apoyado por la traicion é insolentado por una série no interrumpida de triunfos, avanzaba orgulloso hollando todos los derechos, atropellando todos los medios é infringiendo un tratado solenne. Mas al frente de aquellos reclutas que con la sonrisa en los labios veían acercarse la hora suprema de morir por la patria, estaba Zaragoza, el hombre de fe y de corazon, que con la imperturbable serenidad del héroe, formó con los pechos de sus valientes una muralla donde se estrellaron los vencedores en cien batallas.

El sol que el 5 de Mayo se levantara esplendente y majestuoso para alumbrar en Puebla la noble lucha del derecho contra la fuerza, alumbró tambien la humillante derrota de los que precedidos de una fama secular, se anunciaron entre nosotros como *invencibles*.

Esta victoria espléndida, de tan grandes consecuencias para la causa nacional y de tan gratos recuerdos para todo buen mexicano, fué dignamente celebrada mas allá de los mares: ella elevó á México á una altura donde ha merecido las simpatías y el respeto del mundo, y por ella mereció Zaragoza los honores de la inmortalidad.—Sí; la memoria de este héroe querido no morirá. Hay para perpetuarla un monumento que el tiempo no puede destruir. Ese monumento indestructible es el corazon de los mexicanos: ellos la transmitirán de padres á hijos, y el nombre de tan digno hijo de Hidalgo, pasará á la posteridad como un lampo de gloria.

Napoleon debió haber comprendido desde entónces, que el pueblo mexicano es uno de esos pueblos gigantes que prefieren sepultarse bajo sus propias ruinas, mejor que humillarse ante la fuerza; y por amor á su pais, ya que no por respeto al derecho, debió tambien haber renunciado á sus proyectos ambiciosos; mas ese mal frances prefirió cubrir á Francia de ignominia.

Un año despues del dia memorable en que Zaragoza con una magnanimidad sin ejemplo prodigaba todo género de consideraciones y consuelos á los piratas vencidos, las calles de la invicta Puebla eran regadas con sangre mexicana, y los patriotas que no encontraron una tumba gloriosa bajo las ruinas de esa ciudad mártir, fueron condenados á sufrir los horrores de la expatriacion. Forey pudo entónces avanzar sobre millares de cadáveres: pero *sin lavar la mancha del 5 de Mayo*; porque los cerros de Loreto y Guadalupe, esos monumentos levantados por la mano de Dios para perpetuar la gloria de un pueblo, no fueron profanados por la planta francesa, mientras hubo leales que los defendieran.

Despues . . . . . comenzó la farsa imperial: ¡farsa abominable que tantas lágrimas ha hecho derramar á la desventurada México! ¡farsa maldita y sacílega que, como todas las farsas de los tiranos, debia traer consigo espantosas escenas de desolacion y de muerte!



Yo no debo, señores, ni podría aun cuando quisiera, trazar el sombrío cuadro de los crímenes cometidos por el llamado imperio y sus aliados; tampoco debo hablaros del número inmenso de víctimas inmoladas por la intervencion. Es éste un día consagrado á la conmemoracion de un hecho glorioso, y no envenenaré vuestro regocijo refiriendo sangrientos episodios de una época de luto. Renuncio, pues, á esa triste tarea que conmoviera profundamente mi corazón de mexicano, para recordar algunos otros hechos por los cuales debemos estar justamente orgullosos.

La república mexicana, infortunada como ha sido, puede gloriarse de haber conquistado y sabido mantener por sus propios esfuerzos, los grandes principios que constituyen las glorias de la civilizacion moderna. En su historia se hallan consignados mil hechos gloriosos, cuyo esplendente brillo lucirá al traves de las edades. De su seno han salido mártires ilustres como el humilde octogenario de Dolores que en defensa de la libertad de un pueblo, se sacrificó en los días de su decrepitud, en esa edad tranquila en que mueren las ilusiones, las ambiciones y las esperanzas, cuando las flores de su vida se habian ya marchitado, y cuando solo podian esperar por recompensa la ingratitud y el patíbulo;—guerreros como Morelos, grandes en el apogeo mas brillante de la gloria á que se elevaran, y mas grandes aún cuando con alma serena, marchaban al cadalso á dar su vida por la independencia de sus hermanos;—caudillos como Guerrero que luchando contra mil vicisitudes, consumaron la gigantesca empresa comenzada por Hidalgo;—ciudadanos eminentísimos como Degollado y Ocampo, dignos por sus virtudes de figurar entre los grandes hombres de la antigüedad. Y en estos últimos días en que el destino nos ha sugetado á las mas rudas pruebas, el patriotismo mexicano ha traspasado los límites de lo heroico y elevádose hasta la esfera de lo sublime.

Como todas las naciones, México ha recorrido una senda sangrienta y dolorosa: como todas ellas ha cometido tambien grandes faltas y crasos errores; pero puede decir con orgullo, "he sido víctima y no verdugo"—Para hacerla aparecer culpable ante las potencias extranjeras, preciso fué que los defensores de la política de Napoleón III, dieran

tormento á la lógica, presentando crímenes gigantes donde solo podia haber delitos pigmeos.

Debemos repetirlo: México ha cometido faltas; mas ¿qué nacion no las ha cometido! ¿Cuál es el pueblo que puede llamarse immaculado! ¿Acaso será Francia que escandalizada de nuestros extravíos, vino á castigarlos con mano de hierro! ¡Oh seria ese un horrible sarcasmo lanzado á la faz del universo! Aun palpitan de indignacion todos los corazones generosos al recuerdo de la noche espantosa de S. Bartolomé, en que millares de inocentes fueron inmolados en aras del mas repugnanté fanatismo; y si ha sido sobradamente afortunada para deslumbrar al mundo con sus victorias, no es ni será bastante poderosa para borrar de la memoria de los siglos, aquella y tantas otras luctuosas escenas por las cuales la humanidad debería vestir eterno luto.

Mas, . . . hablémos del pueblo mexicano, de ese mártir sublime de la mas sublime de las causas, de ese pueblo infortunado y magnánimo que en sus días de suprema amargura se ha levantado cual formidable atleta; que ha vencido á los *invencibles*, y que en medio de sus inauditas desgracias ha dado lecciones de valor, de ilustracion y de generosidad á los que con pretensiones de civilizadores vinieron de allende los mares á incendiar poblaciones, á talar nuestros campos y á erigir cadalsos para ahogar la voz del patriotismo.

Hoy despues de cinco años de lucha, empuña triunfante su querido pabellon de Iguala; y ennoblecido por sus infortunios y santificado por el martirio, vuelve á proclamarse libre, soberano é independiente.

Los que á nombre de la civilizacion quisieron imponerle la ley del sable, han abandonado presurosos las playas mexicanas, llevando en sus banderas una mancha que no borrarán cien victorias como las de Austerlitz y de Marengo:—la traicion, ese innundo reptil que se arrastró á los piés del extranjero para herir á mansalva el seno de la patria, espina ahogado bajo la planta de los libres;—y el llamado imperio, hundido ya bajo el peso de las armas republicanas, solo merece ser citado "como un acontecimiento histórico de funestos recuerdos."—Cercado Maximiliano de un ejército victorioso que tiene por reserva á todo un pueblo, no saldrá de la ciudad levítica que le sirve de asilo, sino para



expiar en un patíbulo los crímenes de que es responsable ante la nación. Y ni aun merecerá la compasión que inspira el que muere por una idea, ni llevará á su sepulcro el consuelo de haberse sacrificado en defensa de un principio ó en honor de una raza; morirá como jefe de bandidos, y como el incendiario del templo de Diana, legará á la posteridad un nombre que será execrado por la historia.

La república se ha salvado: ¡y quiera el cielo! que las dolorosas lecciones de la esperiencia no sean perdidas para los mexicanos, y que así como han podido librar á su patria del yugo estrangero, puedan llevar á su último término su grande obra de regeneracion social. México realizará entónces su gran programa de confraternidad y de progreso. Favorecido por sus multiplicados y ricos elementos, derramará por todas partes sus beneficios: su mano protectora podrá estenderse hasta los últimos confines del mundo, y mil pueblos le serán deudores de su ventura.

Nosotros no veremos lucir ese día dichoso: individuos de la actual generacion, solo nos es dado participar de sus miserias, de sus dolores y de sus glorias; pero ese día llegará, y las generaciones venideras al disfrutar los ópimos frutos de una libertad bienhechora, entonarán un himno de bendición en loor de nuestros héroes.—HE DICHO.

## COMPOSICION .

LEIDA EN LA PLAZA DE ZACAGOZA EN EL ANIVERSARIO  
DEL 5 DE MAYO.

Patria de Zaragoza, te saludo  
De noble orgullo y de entusiasmo lleno,  
Que me abrasa tu amor: soy mexicano,  
Y gozo si sonries de contento.

Yo, que te ví de torcedor quebranto  
En la tortura sin cesar gimiendo,  
Y derramé mil lágrimas ardientes  
Al ver al galo profanar tu suelo,

Yo, que doliente contemplé tu llanto  
E himnos de dolor dije á los cielos,  
Al eco de tus quejas, á los ayes  
De tu sensible lacerado seno,

Hoy que de Mayo la gloriosa aurora  
En tu pendon esparce sus reflejos,  
Y trae á la memoria del patriota  
Consolador y plácido recuerdo,

¿Por ventura mis lábios no dirian:  
—Oh cara patria, bondadoso el cielo  
Te ha brindado de mártir la guirnalda,  
De tus hijos premiando los esfuerzos?—

Los ha premiado, sí. Con este día,  
Patria de amor, Eden de mis ensueños,  
Goza, goza feliz, que tus placeres  
Mentidos ya no son cual otro tiempo.

Olvida tus dolores, tus quebrantos.  
Y que dulces te embriaguen los recuerdos  
De que miró la lumbre de este día  
De Napoleon correr los viles siervos.

Juzgó engañado que en la lid tremenda  
Alcanzarian nítidos trofeos,  
En contra de tus hijos velerosos,  
Los que el triunfo miraron en Marengo.

Mas.... ¿cuándo nunca ante el feroz soldado,  
Que obedece de un déspota el decreto,  
Quedó vencido el héroe que tremola  
El estandarte del honor de un pueblo?

Nunca, mirad: el invasor avanza  
De Zaragoza contra el grande genio,  
De Zaragoza, egida de la patria,  
Que nos legaron Bravos y Guerreros.

Y tambien el traidor! tigre inhumano,  
Borron en el hermoso firmamento,  
Ser á quien solo satisface sangre,  
La sangre pura del hermano nuestro!

Ser cuya frente deberia hundirse  
Entre las nieblas del oscuro averno,  
Ese imbécil tambien...! Vende sus lares,  
Y de Bruto el puñal aferra luego!

¿Se ha de esperar que el hijo de la Francia,  
Ayudado de ese hombre vil y pérfido,  
Venza los bravos que el pendon defienden  
Del magnánimo Hidalgo y de Morelos?

El bronce encienden ya. Ruda pelea  
Se traba por do quier, el humo negro  
Elévase á la altura, y ronco ruido  
Deja escuchar la tierra de sus centros.



Oh patria mía! el noble mexicano  
Que allí contemplas en combate fiero,  
Defenderá tu honor, tu independencia,  
Hasta exhalar el postrimer aliento.

El génio de la guerra esgrime airado  
Su fulminante matador acero,  
Y á Zaragoza tiende una mirada  
De entre la nube negra en que está envuelto.

Suena el clarín; pregona la victoria.  
Se alzan de gozo férvidos acentos,  
Se alzan y vuelan al distante Bóreas  
Y al Austro en alas del veloce viento.

En cada corazon en que ha encendido  
La libertad su sacrosanto fuego,  
Esos acentos con placer resuenan,  
Brindando al alma seductor ensueño.

Ensueño seductor, de que ese triunfo  
Sea quizá del galo el escarmiento,  
Del frances orgulloso, que á los libres  
Intenta subyugar cruel y perverso,

Ensueño seductor, de que ese lauro  
Sea preludio del dichoso tiempo,  
De que naciendo el hombre independiente,  
No se sujete de un tirano al ceño.

Y allá en el pecho del villano iluso  
Que soñó dominarnos cual á siervos,  
Haciéndole temblar como asesino,  
Pavor infunden con punible miedo.

---

Y ahora ¿no lo ves? Patria de Hidalgo,  
Ese vil Napoleon aventurero  
Sus soldados llevó: no se conquista  
La tierra donde nacen los guerreros.  
¿Cómo podría ser que te oprimiera  
Con un dogal el delicado cuello,  
Cuando do quier sus bárbaros soldados  
Esparcian la muerte y el incendio?  
No quiero recordarte los gemidos  
De las víctimas mil. . . . Patria, no quiero,  
Turbar tus gozos á la luz de Mayo,  
Con amargos y fúnebres recuerdos.  
¿Pues para qué decir, oh triste madre,  
Que el villano frances en otros tiempos,

Y en este mismo sitio, clamó muerte  
Y un hijo tuyo asesinó tremendo?

El sol no dió su luz, en parda niebla  
Cubrió el Señor el alto firmamento:  
Y aun se oyen en las grutas de esos montes  
Desgarradores, flébiles lamentos.

Llevó el tirano sus esbirros. Lleva  
En su lema tambien un berron negro:  
Que siempre Dios al asesino imprime  
De maldicion el signo sempiterno.

---

Y el pobre austriaco, el rey que te regia,  
Con corona oprobiosa y bajo cetro. . . .  
Contéplalo á los piés de los campeones  
Que tu pendon defienden con denuedo.

Los han mirado todas tus montañas  
De la miseria y la desgracia en medio,  
Tu honor, tu libertad, tu independencia.  
Con valor de gigantes defendiendo.

De Jacob nuevos hijos, las ideas  
Valientes conservando de tu pueblo,  
Han luchado tenaces con el hambre  
La sed y las fatigas ciento á ciento.

Han luchado tenaces. Hoy consiguen  
De sus esfuerzos el brillante premio,  
Sí, y ese premio, Patria idolatrada,  
Es de victoria el singular trofeo

Que entusiasmados en tus aras ponen  
Con placer indecible esos guerreros. . . .  
Os bendigan las bellas del Anáhuac  
Libertadores de mi patrio suelo.

Que el ángel de la América sublime,  
Vuestro valor mirando y altos hechos,  
De laurel con coronas vuestras sienas  
Afanoso circuya y placentero.

Que la entusiasta juventud que admira  
Vuestra constancia, abnegacion, denuedo,  
Riegue con flores la radiante senda  
Que habéis seguido para elaro ejemplo.

Rompisteis las cadenas del esclavo  
Conque la habia atado el extranjero,  
Y una Patria le dáis. . . . inmaculada,  
Y con glorias y lauros duraderos.



Alzate, pues, oh Patria: de la tumba  
Del venerable Hidalgo, y de Morelos  
No vencido jamas, una voz surge,  
Que así repite el vagaroso viento:  
—Hija de libertad, te bendecimos,  
Porque venciste á Napoleon tercero:  
Sufra el cobarde del esclavo el yugo  
No tú que tienes ínclitos guerreros.

Guerreros que la lid los ha esforzado,  
Que alimenta tu amor con grato aliento;  
Y que antes de humillarse á los tiranos,  
En las batallas moriran primero.

El hombre nace libre: libre sea  
De la vida el camino al ir siguiendo,  
Y como el hombre: libre, independiente,  
En su atrevida marcha sea el pueblo.

¡Ay del tirano que maquine imbécil  
Con la fuerza oprimirlo y con el hierro;  
Su tiranía durará un instante,  
Despues su trozo rodará en el suelo.

El mundo mira reducido á nada  
El del menguado emperador tudesco,  
Y ya viene la aurora que contemple  
Así el del fátuo Napoleon tercero.—

---

Y tú, día de gloria, de ventura,  
Para mi Patria bienhechor consuelo,  
Rayo fulgente de tu faz alumbre  
Aquel lugar, do yace en el silencio

El bravo capitan que de los galos  
Humilló la soberbia á tus destellos:  
“Murió; pero invencible, y en la historia,  
Ni hombre. . . ni Dios empañará su gloria”

Monterey, 5 de Mayo de 1867.

HERMENEGILDO DAVILA.